



LECCIÓN 305

Hay una paz que Cristo nos concede.

Comentario de Sarah:

Cuando experimentamos la paz de Dios, experimentamos **“una paz tan profunda y serena, tan imperturbable y completamente inalterable, que no hay nada en el mundo que sea comparable.”** (L.305.1.1) Es una paz en la que sólo hay una extensión hacia el exterior de la profunda tranquilidad interior. Cuando experimentamos esta paz, el sueño de este mundo no tiene ningún efecto sobre nosotros. No importa lo que ocurra en el sueño porque ya no tiene ningún efecto. Cuando la mente, que es la causa de todo lo que vemos, está tranquila y en paz, sólo la paz se refleja en el mundo.

En el Manual para el Maestro, sección 20, **“¿Qué es la paz de Dios?”** Jesús describe la paz como algo diferente a todas nuestras experiencias anteriores. **“No trae a la mente nada que haya sucedido antes. No evoca nada que se pueda asociar con el pasado.”** (M.20.2.3-5) Por eso se le llama una salida del tiempo. Es un tipo de paz que no es de este mundo. **“El pasado sencillamente se desvanece, y la quietud eterna pasa a ocupar su lugar. Eso es todo.”** (M.20.2.8-9) Todo lo que vimos y creímos entender antes desaparece y, con ello, todos los efectos se van. Cuando el sistema de pensamiento de mentalidad errónea de carencia, especialismo, necesidad e indignidad, que es la causa de todo nuestro sufrimiento, se libera a través del perdón, la mente ya no busca fuera la compleción.

Jesús dice: **“Nadie que busque únicamente sus condiciones puede dejar de encontrarla.”** (M.20.3.2) Continúa diciendo que requiere abandonar la ira. Justificar la ira de cualquier manera **“proclama que la paz es una insensatez, y no podrá por menos que creer que no existe.”** (M.20.3.4) Jesús no está diciendo que no nos enfademos o que no debamos enfadarnos, sólo que no debemos justificarla como si tuviera alguna causa fuera de nuestra propia mente. La ira proviene de las creencias, los pensamientos, los valores y los conceptos que tenemos. Cuando los miramos con la voluntad de sanar, podemos llevarlos al Espíritu Santo. Podemos elegir liberar nuestra ira en lugar de actuar sobre ella. Investigar las creencias que sostenemos y que provocan los resentimientos nos ayudará a reconocer la fuente de la ira en la mente.

Cuando algo nos provoca malestar, es una oportunidad para indagar más profundamente en lo que ocurre en la mente. Es importante observar lo que implica esta investigación. No se trata de analizar, sino sólo de indagar qué creencias estamos sosteniendo. Como se nos dice, **“El ego analiza; el Espíritu Santo acepta.”** (T.11.V.13.1) (ACIM OE T.10.VI.53) En nuestra vida cotidiana se presentan numerosas situaciones en las que renunciamos a nuestra paz. Puede ser una traición de un amigo, sentirse víctima en el trabajo, tener problemas financieros, experimentar una enfermedad o tener una computadora que se ha estropeado. Son situaciones que juzgamos como malas, pero el Espíritu Santo

no acepta las apariencias ni como buenas ni como malas. Cuando miramos lo que sucede guiados por el Espíritu Santo, no juzgamos nada como bueno ni malo, sino simplemente como irreal.

La enfermedad y la salud se ven como lo mismo, siendo ambas irreales, al igual que el cuerpo es irreal. Cuando analizamos la situación mirándola con el ego, empezamos con la creencia de que la situación es verdadera. Ahora nos preguntamos cómo la hemos atraído o manifestado y comenzamos el proceso de análisis. Con la investigación o indagación, aceptamos que la apariencia no tiene ninguna realidad. Sí, puede seguir molestándonos, pero ahora reconocemos que estamos molestos porque mantenemos una creencia en la mente que nos está causando dolor. Simplemente investigamos qué es lo que estamos creyendo que no es cierto, para que nuestras falsas creencias puedan ser liberadas y la paz, que ya está en nosotros, pueda brillar.

La paz de Dios es un don, que **“nos ha concedido para que podamos salvarnos del juicio que hemos emitido acerca de nosotros mismos.”** (L.305.2.3) Nos hemos juzgado como culpables y no merecedores de la paz. Creemos que tenemos que sufrir y expiar esa culpa. Hace poco estuve en una conferencia en la que Brent Haskell contó la historia del Hijo Pródigo y preguntó cuántos de nosotros creemos que podemos tomar el tesoro de nuestro padre, despilfarrarlo y luego volver a casa sin una pizca de culpa. ¿No pensaríamos que tenemos que expiar por lo que hemos hecho? Sin embargo, Jesús sigue diciéndonos que somos inocentes, ahora. Todo lo que debemos hacer es aceptar ese hecho. Brent pasó a preguntarnos cómo nos sentiríamos como el hijo bueno de esta parábola. El hijo bueno era el que se quedaba en casa y mantenía a su familia. Al identificarnos con él, ¿cuántos de nosotros disfrutaríamos de la celebración del hermano culpable sin una pizca de resentimiento? ¿No querría el buen hijo, que se quedó en casa para ayudar al padre, ser reconocido como tal? La parábola del buen hijo refleja "la cara de inocencia" que oculta los pensamientos de ataque y los juicios mientras hacemos todo lo posible por parecer buenos y serviciales. Siempre, bajo esta cara de inocencia, está la creencia de que otro debe pagar por nuestra culpa, mientras que nosotros debemos librarnos por nuestro buen comportamiento.

Jesús dice que aunque nos identifiquemos con el ego es difícil porque es una condición donde no hay paz. Es un estado de carencia. Es un estado en el que creemos que necesitamos obtener algo del mundo que no tenemos actualmente para estar en paz. Buscamos la afirmación del mundo para apoyar la imagen que nos hemos hecho en lugar de lo que realmente somos. Una forma de ver esto en tu propia vida es observar lo que crees que te haría feliz y que no tienes ahora. Es la creencia de que si pudieras conseguirlo, tendrías paz. Puede ser dinero, un nuevo trabajo, una relación, mejor salud o una nueva casa.

Hace unos años asistí a un retiro de silencio con Regina Dawn Akers. Comenzó con la interpretación de *Amazing Grace* "Gracia Asombrosa" y luego se invitó al silencio. Inmediatamente sentí que me hundía en el silencio y con él llegó el profundo sentimiento de alivio de que ya no tenía que mantener la imagen del "yo". Me encontraba en un lugar en el que nadie necesitaba nada de mí, y yo no necesitaba nada de nadie. No había necesidad de "actuar", sólo de ser. Era una sensación de profundo desprendimiento, y en el proceso, el alivio que sentí me hizo llorar de gratitud. Entonces, estas palabras brotaron del Espíritu Santo y las escribí en mi diario:

"Ahora puedes relajarte. Yo te cubro las espaldas. Siempre lo he hecho. Crees que todo depende de tu propio esfuerzo. Crees que si no te ocupas de las cosas, éstas no se harán. Te has equivocado, mi querida niña. Has llevado una carga que nunca ha sido tuya. Yo soy tu fuerza y tu apoyo. Siempre he

estado ahí. Te he amado sin cesar y con constancia. Nunca has estado sola. Nunca has estado sin mí. Te has equivocado al creer que todo depende de ti.

Te amo, hija mía, con un amor incesante e ilimitado. Todo está bien. Siempre lo ha estado. Cuando ocupaste Mi lugar en el trono, asumiste todo el estrés, toda la responsabilidad que nunca te correspondió. Todo era innecesario. Respira el amor; ha estado esperando tu aceptación. Abre tu corazón, abre tus brazos, abraza la belleza de Ti, Mi amada. Siempre y para siempre..."

Mientras escuchaba y respiraba estas palabras, los sollozos sacudían mi cuerpo y me invadía la gratitud.

En nuestra elección por la identidad del ego, la paz fue desechada, y ahora sentimos una carencia que intentamos llenar desde fuera de nosotros mismos. Si Dios nos ha dado la paz, ¿qué podría ser más poderoso para quitárnosla? Sólo nuestra propia elección por el ego podría quitárnosla, pero la verdad es que no hay otra voluntad. Por lo tanto, no tenemos libre albedrío y no somos los hacedores de nuestras acciones. No hay nada más poderoso que Dios. Sin embargo, cuando tomamos la decisión en favor del ego, aparentemente hicimos otra voluntad, que ahora gobierna nuestras vidas en la medida en que creemos en su poder. **“Ves lo que crees que está ahí, y crees que está ahí porque quieres que lo esté.”** (T.25.III.1.3) (ACIM OE T.25.IV.23)

La verdad es que si no tenemos paz, es sólo porque no queremos la paz. El primer obstáculo para la paz es nuestro deseo de librarnos de ella, ilo cual es sorprendente! Sin embargo, puedes ver fácilmente lo cierto que es. Rechazamos activamente la paz cuando ocurre algo en nuestra vida que nos resulta desagradable, ya sea algo que juzgamos como una situación grave o sólo una pequeña irritación. Renunciamos a nuestra paz por todo tipo de razones. Sin embargo, no existe nada que pueda quitarnos la paz de Dios. Nuestra insistencia en que sí hay cosas que pueden quitarnos la paz es la forma en que rechazamos activamente los dones de Dios. Proyectamos nuestra propia negativa a aceptar la paz de Dios haciendo que alguien o alguna situación sea responsable de nuestra falta de paz. Insistimos en que no estamos en paz debido a algo "allá afuera", algo que aparentemente alguien nos ha hecho. Queremos ser capaces de poner la culpa de nuestra falta de paz en algún lugar fuera de nuestra propia mente. La justificación de nuestra ira es lo que Jesús dice que tenemos que mirar. ¿Podemos aceptar que nadie es responsable de nuestra infelicidad, excepto nosotros mismos? Esto requiere que dejemos de lado nuestra historia sobre por qué no tenemos paz y asumamos la responsabilidad de nuestra decisión de no aceptar la paz que ya es nuestra.

“¿Por qué querrías dejar a la paz sin hogar? ¿Qué es lo que crees que tendría que desalojar para poder morar contigo? ¿Cuál parece ser el costo que tanto te resistes a pagar?” (T.19.IV.A.2) (ACIM OE T.19.V.a.41) Hay algo que creemos que perderemos si aceptamos la paz. ¿Qué es? ¿No es que queremos tener razón en la forma en que hemos establecido las cosas? ¿No es que queremos ver a los demás culpables, para poder comprar nuestra propia falsa inocencia a costa de ellos? ¿No es que sencillamente no confiamos en que, si elegimos la paz, nuestra vigilancia en favor de nuestro propio bienestar, tal como lo definimos, se vea comprometida?

Padre, ayúdame hoy a aceptar el don de la paz y a no juzgarlo. Asumo voluntariamente la responsabilidad de mis reacciones ante las apariencias que aparecen en mi vida. Sé que están ahí para poder investigar las creencias a las que me aferro y que no son ciertas. Estoy dispuesta a responsabilizarme de mis juicios, de mi deseo de atacar a algo o a alguien fuera de mí, y de echar la culpa allí. La Corrección ya está en mi mente. La cordura y la paz ya están dentro de mí. Ayúdame hoy

a elegir el perdón en cada situación que encuentre para que pueda conocer la paz que siempre está presente detrás de las nubes oscuras de mis percepciones erróneas. Estoy dispuesta a ver la locura que supone aferrarse a los resentimientos contra cualquier persona o cosa. Háblame de mi plenitud. Hazme comprender que lo que veo que parece contradecir la paz no es real y no tiene importancia. Estoy dispuesta a que mi mente sea sanada, Padre mío, reconociendo que he estado equivocada sobre quién soy. Estoy dispuesta a renunciar a mi camino y a que se me muestre la verdad. Paz para mi mente. Que todos mis pensamientos se calmen. Estoy en casa. Soy amada. Estoy a salvo. Soy libre. Soy feliz. Nada de lo que he pensado sobre mí es la verdad. La ira nunca está justificada y la enfermedad no es lo que parece. Estoy dispuesta a retirar mis juicios sobre mí misma que proyecto en los demás y ver que me he equivocado. Así, puedo nacer de nuevo hoy.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca